



Pasado y presente de una tradición

Hilanderas y telar

Texto y fotos: ELOY GÓMEZ PELLÓN*

La modernización que se ha apoderado de todos los intersticios de la región ha relegado casi por completo los testimonios de la tradición que permaneció vigente hasta tiempos muy cercanos a nosotros. Todavía durante todo el primer cuarto del siglo XX la sociedad rural siguió presentando la mayor parte de las características propias de la vida tradicional, y entre ellas una marcada tendencia hacia la subsistencia, y un respeto expreso y conformista hacia las costumbres instituidas. Una de las comarcas de la franja meridional más fieles a la tradición fue la de Liébana, donde en plenos años cincuenta había lugares en los que se continuaba produciendo para el consumo diario de la familia, y no para la venta. Entre esas tradiciones se encuentran las ligadas al hilado y a la confección de tejidos, que hoy se recuperan con fines didácticos y culturales.



MUSEO ETNOGRÁFICO DE CANTABRIA



MUSEO ETNOGRÁFICO DE CANTABRIA

es de Liébana

A mediados del siglo XX la incorporación de pautas culturales nuevas era un hecho, y el consumo estaba creciendo con respecto al pasado, porque la comercialización de los productos domésticos ocupaba progresivamente los espacios reservados tradicionalmente al trueque. Ahora bien, eran todavía muchas las aldeas lebaniegas de aquellos años en las que sus habitantes producían la mayor parte de los alimentos que consumían. También fabricaban los aperos necesarios, las abarcas que calzaban y, en suma, continuaban vi- viendo de manera muy similar a como lo habían hecho sus antepasados.

En este tiempo era posible aún usar ropa elaborada con los mismos cánones que varios siglos atrás. Los lugareños que superan los setenta años aún recuerdan la imagen de los ancianos que conocieron siendo niños, vestidos con ropa tradicional, recia, austera, de colores pardos, y realizada

◀ ▲
En la página anterior, la lanzadera del telar, en primer término (al fondo, la urdimbre). Arriba, a la izquierda, lebaniega con el huso y el ovillo, según fotografía publicada por "La Voz de Cantabria" en 1932. A la derecha, Rosario Martínez, última tejedora de Cabezón de Liébana, hacia 1965, portando una arcaica lanzadera en su mano derecha.

domésticamente; y conservan en su memoria la percepción de las ásperas y cálidas mantas de lana que cubrían sus camas infantiles. Si los testimonios materiales son abundantes, la tradición oral es tan intensa en este ámbito que da cuenta de todo tipo de detalles y suple cualquier laguna que pudiera existir.

LA VESTE DE ANTAÑO

Un pequeño esfuerzo permite a los más longevos describir la indumentaria de la gente de mayor edad que convivió con ellos. La inconfundible veste femenina de la vida diaria, fiel heredera de la decimonónica, incluía la camisa de lienzo, la saya de paño o de bayeta, el refajo y algún tipo de manteo de sayalete, la pañoleta y el pañuelo a la cabeza, además de los escarpines y las abarcas. En cuanto a la vestimenta masculina, irremisiblemente estaba compuesta por la camisa de lino, el chaleco de pa-





▲
Telar antiguo de Cabezón
de Liébana.

ño, la chaqueta y los calzones igualmente de paño recio. Hombres y mujeres experimentaban escasos cambios entre el vestido del verano y del invierno, limitándose a quitar o a añadir alguna prenda, y todos se protegían con medias de lana cuando arribaba el frío. Los niños del primer cuarto de dicho siglo vestían todavía de manera similar a como lo hacían los adultos.

No son pocos los lebaniegos de nuestros días que fueron testigos de la elaboración de fibras a partir de la lana de las muchas ovejas existentes en sus valles. Se hallaban éstas sujetas a la trashumancia estacional, al igual que el ganado bovino, caballar, caprino e, incluso, que el porcino, si bien, a diferencia del resto de las especies que se han señalado, las ovejas eran esquiladas cada primavera por las expertas manos de sus pastores, de suerte que su valiosa lana se convertía en la materia prima básica de todo tipo de prendas utilizadas en la vida doméstica. También su leche ha sido aprovechada hasta nuestros días para nutrir los sabrosos *quesucos* de Lié-

ba, los quesos ahumados de Áliva, y los de Bejes y Tresviso. Es preciso añadir que la carne de estas ovejas ha formado parte, desde hace muchas generaciones, de la dieta de los lebaniegos en los días de fiesta, lo cual manifiesta la optimización que recaía sobre la producción ovina.

EN MANOS FEMENINAS

Salvo esa labor característicamente masculina de la esquila, la mayor parte de los quehaceres que componen el proceso del hilado y del tejido de la lana han sido tradicionalmente femeninos. Las mujeres se encargaban de transportar la lana hasta el río para lavarla con esmero y, más tarde, eran ellas mismas las que la *carmenaban*, es decir, las que iban deshaciendo el vellón al tiempo que obtenían finos mechones con sorprendente paciencia. De esta manera, la lana, antes sucia y enmarañada, podía ser cardada mediante poderosas cardas, compuestas por dos tablas rectangulares, cuajadas de púas de alambre acerado por una de sus caras, y provistas de sendas empuñaduras que se adosan a uno de los lados mayores. Deslizándose una carda sobre la otra con fuerza y habilidad, las ágiles manos de estas mujeres convertían la lana en finas y delicadas fibras dispuestas para ser hiladas.

El hilado de la lana se ha llevado a cabo hasta el presente con singular fidelidad histórica, mediante instrumentos tan inseparables de este tipo de tareas como la rueca, el huso y la husa. A mediados del siglo XX el hilado era todavía un quehacer cotidiano en la vida de las mujeres lebaniegas. La rueca no era más que un palo de longitud variable, pero cercano al metro, que servía como soporte del copo de lana, gracias a un saliente o *roquil* que impedía que este último se deslizara. El trabajo de la hilandera consistía en extraer, con gran pericia, una mecha del copo, y fijarla a la muesca helicoidal que posee el huso en uno de sus extremos. Gracias a su cuerpo estrecho y cilíndrico, a menudo más delgado en los extremos, el huso puede ser girado con objeto de *torcer* la mecha y producir el hilo. Poco a poco se irá formando sobre el huso un ovillo, al que se da el nombre de *husada*, que es extraído por la parte inferior de éste para iniciar seguidamente la fabricación de un nuevo ovillo. Aunque en Liébana los husos fueron por lo regular de madera, también los hubo de hierro, provistos de un pequeño volante de inercia.

En el siglo XVIII se difundió por Cantabria, y también por Liébana, un método alternativo al hilado tradicional llamado a perdurar con éxito en el tiempo, aunque no lograra desplazar al hilado más tradicional. Consistía el nuevo método en la incorporación al proceso de un *carro* o *carrete*, provisto de una rueda de apreciable tamaño, accionada por una manivela, que mediante una correa transmitía a un huso su movimiento de giro. Incluso ya en el siglo XIX se introdujeron en Liébana y en otras zonas de Cantabria unos toscos tornos de hilar con una nueva metodología que, sin embargo, no llegó a generalizarse. A veces se unían dos hilos para formar uno doble, lo cual se lograba gracias a un instrumento, similar en lo morfológico y en lo funcional al huso, que recibía el nombre de *husa*. En cualquier

caso, una vez realizados los ovillos, éstos eran convertidos en madejas por medio de un rudimentario instrumento de madera que era el *aspar*.

Tampoco faltan los lebaniegos que, mediante tradición oral, conocen la importancia que tuvo en la vida doméstica el hilado del lino. Saben que el lino, cultivado en sus linares, era desgranado me-



◀ *Madeja de hilo de lana.*

era frecuente que se llevara a cabo en el marco de reuniones colectivas que tenían lugar durante los meses otoñales e invernales, y a las que los lugareños aludían mediante la expresión de “ir a velar”. Estas veladas se celebraban en casas que, por su ubicación, por su tamaño o por sus características, permitían la convivencia entre los vecinos. Era más importante el encuentro y la sociabilidad que cualquier otra tarea que se realizara a propósito del mismo. El quehacer, como era el hilado, constituía la disculpa que facilitaba la celebración de la velada.

A pesar de que a las mismas acudían hombres y mujeres, sólo estas últimas efectuaban alguna tarea doméstica, como podía ser el hilado. La importancia de esas veladas era tal que conservaron plena vigencia mientras no existieron otras formas de diversión más modernas. En ellas se producía el aprendizaje de las pautas culturales vigentes, que incluían todo tipo de costumbres, leyendas, dichos y refranes, creencias y, en general, normas de comportamiento, entre las que no faltaban, como cabía esperar, las coactivas. Complementariamente, eran celebraciones idóneas para el conocimiento de los jóvenes y el inicio de los noviazgos, de lo que se deduce su profundo carácter institucional. Se puede decir, sin hipérbole, que las veladas lebaniegas cumplieron un trascendental papel social, antes que cualquier función económica.

LAS ÚLTIMAS TEJEDORAS

Las madejas que salían del *aspar* estaban en condiciones de ser blanqueadas y teñidas, tras lo cual eran devanadas, una vez más por las mujeres, con un nuevo instrumento, conocido con el nombre de *argadillo* o *devanadera*, y compuesto por una base sobre la que se apoya una varilla que servía de eje a dos aspas de madera (una en la parte superior y otra en la inferior), unidas verticalmente con listones. Los ovillos surgidos del devanado eran aptos para ser tejidos. Algunas pequeñas prendas, como los escarpines, se tejían en casa, mientras que

Huso y ovillo de lana procedentes de Combarco, en Cabezón de Liébana.

diante los *agratos* o grandes peines que separaban las cápsulas que contienen las semillas de los tallos. Luego venía el empozado, que permitía la maceración de las plantas y que daba paso al majado, primero, valiéndose para ello de mazas, y al espadillado más tarde. Separadas así las partes leñosas de la planta, sólo faltaba el rastrillado, que se llevaba a cabo mediante sólidos *rastrillos*. Las fibras que se obtenían de esta manera eran análogas a las de la lana, de modo que se hallaban en condiciones de ser sometidas a la rueca y al huso.

LAS VELADAS

Si el hilado del lino se perdió casi por entero en el transcurso del siglo XIX, el de la lana continuó formando parte de la vida de los lebaniegos durante las primeras décadas del siglo XX. A pesar de que se trataba de una labor femenina e individual —efectuado al tiempo que se pastoreaba el ganado, o mientras se realizaban otras labores que no requerían una dedicación plena—, en Liébana, como en otras zonas,

MUSEO ETNOGRÁFICO DE CANTABRIA





otras, que exigían mayor complejidad, se elaboraban en los telares.

Hasta los años sesenta del pasado siglo estuvieron activos en la comarca los dos telares de Cabezón de Liébana. La última tejedora ha sido Rosario Martínez, una lugareña que aún vive para transmitir sus particulares conocimientos.

Los ovillos elaborados domésticamente eran llevados al taller para ser tejidos (en algunos casos tras pasar por el mercado de Potes), de manera que, una vez convertidos en paño, éste era recogido por sus dueños. Mientras que uno de los telares se dedicaba a la fabricación de mantas lebaniegas —con las inconfundibles rayas negras o con los sempiternos cuadros negros y rojos—, el otro estaba destinado a la realización de prendas de pequeño tamaño, habituales en la vida cotidiana, tales como *fordelas* o pequeñas bolsas de porteo, alforjas y costales empleados para el transporte.

En este lustro, muchos años después de que fueran utilizados por última vez (hacia 1967), estos telares han vuelto a funcionar, gracias a la iniciativa del Ayuntamiento de Cabezón de Liébana y del Grupo de Acción Local de Liébana, y a la ayuda del programa PRODERCAN. Fue así como, contando con la colaboración de los hermanos Cires (dos carpinteros de Lamedo, en Cabezón de Liébana), los dos telares que aún se conservan fueron restaurados, y hasta acompañados con un tercero, construido a imagen y semejanza de los otros dos. Los tres artilugios textiles se guardan actualmente en los bajos

▲
*La pisa de Aniezo
(Cabezón de Liébana), en
la actualidad.*



▲
*Hilanderas formadas
en un curso organizado
por el Grupo de Acción
Local de Liébana.*

del Ayuntamiento de Cabezón, y se muestran a los visitantes gracias a la cortesía de los funcionarios municipales. De esta manera los telares se han convertido en un valioso instrumento didáctico, capaz de enseñar a los lebaniegos cómo de los mismos salieron las mantas y los paños que guardan con tanto aprecio en sus casas.

De nuevo, al igual que en los últimos tiempos, han sido las mujeres las tejedoras. Pero, a diferencia del hilado, cuyos artífices son siempre ellas, en el caso del tejido los especialistas pueden ser también hombres. Sin embargo, las mujeres se convierten en tejedoras cuando la actividad entra en declive. Por el contrario, cuando el tejido es una labor prestigiosa y demandada, tal y como aconteció en el pasado en Liébana, los tejedores son varones.

TELARES Y BATANES

Los telares de Cabezón de Liébana son de tipo horizontal, accionados con pedales, similares a los que debieron funcionar en Campoo y en otras comarcas de Cantabria todavía en las primeras décadas del siglo XX.

El telar de Cabezón debía ser idéntico al que estuvo operativo en Villaescusa de Ebro hasta 1935. Son artilugios de una extremada rusticidad, que adquirieron una gran difusión por toda Europa a partir del siglo X, y que nunca llegaron a incorporar la lanzadera volante inventada por John Kay en 1733, disponiendo, por el contrario, de una ordinaria y pesada lanzadera, muy primitiva, que era desplazada gracias a la singular destreza de la artesana.

PILAR GÓMEZ BAHAMONDE



El tejido salido de los telares de Cabezón necesitaba pasar por una operación más. Era la del enfurtido o abatanado, que se realizaba en los batanes o pisas, y que hacía más tupidos y resistentes los paños, lo que redundaba en la durabilidad de los mismos. Las últimas pisas que estuvieron activas en Liébana fueron la de Aniezo, en Cabezón de Liébana, y la de Ledantes, en Vega de Liébana, aunque ha sido esta última la que mejor se ha conservado. La pisa es un ingenio hidráulico que se extiende por toda Europa en la Edad Media, y que en España adquiere una gran difusión a partir del siglo XVI. Si no se desarrolla antes del siglo XI no es porque su principio, el de la rueda hidráulica vertical, no fuera conocido, que lo era ya en época romana. Se difunde cuando es necesario trasvasar la mucha mano de obra que emplean los artilugios “de sangre” (movidos por personas o por animales) a los campos de cultivo, con objeto de que sean roturados.

Una rueda vertical de madera experimenta un movimiento rotatorio por medio de la acción del agua que choca sobre las paletas que la circundan, y el mismo es transformado en otro alternativo debido a que la rueda transmite su movimiento al eje, y éste a unas levas que levantan sucesivamente unos mazos, asimismo de madera, de setenta a noventa kilogramos, que caen sobre el tejido que se pretende enfurtir, empapado en agua. El hecho de estar permanentemente mojado, y el de que el batanero cambie la posición del paño con frecuencia, impedían que éste se deteriorara durante los dos días que duraba la operación, a la vez que aseguraban el efecto homogéneo del martilleo de los mazos. El lavado del paño permitía añadidamente su desengrasado, habida cuenta de que el empleo de la grasa era habitual, y hasta imprescindible, en los procesos del enmadejado y del tejido, a fin de que se deslizaran mejor los hilos. El tratamiento concluía con el alisado de los paños y el secado, y con el *cardado* que eliminaba la aspereza cuando su acabado lo requería.

▲
Estado actual de la pisa de Ledantes, en Vega de Liébana. A la izquierda, cesta con ovillos de lana dispuestos para ser tejidos.

Fue de esta manera como los lebaniegos elaboraron durante muchas generaciones los lienzos, los sayales y las estameñas que precisaban para el consumo doméstico. La apreciable textura de algunos de sus tejidos no se acompañó nunca de una cantidad de excedentes que permitiera superar la comercialización a pequeña escala, de modo que los mercados locales se vieron incapaces en algunos momentos de resistir la competencia de los excelentes paños de Bejar, de Segovia y de otros lugares. A mediados del siglo XIX la artesanía textil lebaniega estaba herida de muerte, y la industrialización fue acercando al mercado de Potes y a los comercios estantes de Liébana las telas de fabricación industrial, producidas desde los años cuarenta del siglo XIX por las fábricas de hilaturas de Renedo y de La Cavada, a modo de precedente de lo que iba a suceder con posterioridad. Sólo las pésimas comunicaciones mantuvieron con un halo de vida los telares de Cabezón y las pisas de Aniezo y de Ledantes, cuya actividad expiraría en los años sesenta del siglo XX.

Todos los conocimientos de la fabricación textil reunidos en Liébana al cabo del tiempo, y todos los artilugios empleados en los procesos de hilado, tejido y enfurtido, forman hoy parte del patrimonio cultural de Liébana y de la comunidad de Cantabria, protegido y conservado por la Ley 11/1998. Una reciente resolución de la Dirección General de Cultura, Turismo y Deporte del Gobierno de Cantabria, de 18 de abril de 2006, ha elevado la pisa de Ledantes, a propuesta de la Comisión de Patrimonio Etnográfico y Paisaje, a la consideración de bien de interés local, otorgándole con esta decisión los instrumentos de protección y salvaguarda que le son inherentes, al tiempo que ha puesto a disposición de todos los ciudadanos su conocimiento y disfrute. ■

*Eloy Gómez Pellón es profesor titular de Antropología Social de la Universidad de Cantabria.

